

Cristo, imagen del cristiano en El Pedagogo de Clemente de Alejandría

David Neciosup Severino ¹

RESUMEN

El presente trabajo consiste en el estudio de la obra de uno de los autores cristianos griegos de mayor renombre que han existido en la antigüedad cristiana y que han dejado una huella imborrable en el devenir del pensamiento cristiano, conservando incluso para estos tiempos un interés de gran actualidad. Nos referimos a Clemente de Alejandría y a su obra "El Pedagogo". Conscientes de la importancia que tiene el estudio de los autores cristianos de la primera era cristiana, hemos decidido abordar la presente investigación con el ánimo de estudiar uno de los aspectos en los que incide la teología del alejandrino como es el proceso por el cual el hombre recién bautizado avanza en la inteligencia de esa fe que ha recibido en el bautismo mediante la conducción del mismo Cristo, a quien Clemente designa con el nombre de Pedagogo, haciendo uso de la terminología del ambiente en que se mueve. Todo este proceso recibe en las obras del alejandrino el nombre de "educación".

Palabras claves:

Patrística.
Clemente de Alejandría.
Pedagogía Cristiana.

Christ in the image of christian in Clement of Alexandria

ABSTRACT

The present work is the study of the work of one of the Greek Christian writers of greater renown that have existed in Christian antiquity and have left an indelible mark in the evolution of Christian thought, even for these times keeping interest high present. We refer to Clement of Alexandria and his work "The Educator". Aware of the importance of the study of Christian authors of the early Christian era, we have decided to address this research with the aim of studying one of the aspects that affects the Alexandrian theology as is the process by which man newly baptized advances in the understanding of the faith that has received baptism by conducting the same Christ, whom Clement designated Pedagogo name, using the terminology of the environment in which it

Keywords:

Patristic.
Clement of Alexandria.
Christian pedagogy.

¹Bachiller en Filosofía y Licenciado en Teología por la Universidad de Navarra. Magíster en Educación en la Universidad de Piura. Profesor de Antropología y Ética en la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo, Chiclayo, Perú. Email: dneaciosup@usat.edu.pe

moves. This whole process is in the works of the Alexandrian called "education."

Introducción

Es sabido la importancia que hoy día ha tomado el volver a las primeras fuentes cristianas, en las cuales se encuentran los primeros atisbos de racionalización de la fe que hicieron los diversos autores de esta época, con el fin de hacer más inteligible la fe a quienes la reciben por vez primera.

En efecto, el autor que nos ocupa pertenece a este grupo de autores que haciendo uso de las herramientas filosóficas y pedagógicas de las que disponen según las circunstancias de su lugar y tiempo, han hecho un esfuerzo en llevar a cabo una profundización racional de la fe, mediante el estudio pormenorizado de la Escritura y de un sentido de tradición cristiana que apenas estaba en los inicios, pero que han hecho posible que se abra el camino por el cual la fe llegue de modo inteligible a todas las generaciones de nuevos cristianos.

Tito Flavio Clemente, pues ése era su nombre completo, se dice que pudo haber nacido en Alejandría, aunque también se dice que nació en Atenas, siendo esta última ciudad hacia la que más se inclinan los investigadores modernos sobre su persona. Hijo de padres paganos según el testimonio del historiador Eusebio de Cesarea (Prep. Evang., II, 2, 64), nace a mediados del siglo II, hacia el año 150 d.C. Así, Clemente no nació cristiano, sino que se convirtió del paganismo al cristianismo; prueba de estos antecedentes también lo es el bagaje cultural helénico que posee y que pondrá siempre al servicio de la fe cristiana.

Hacia finales del s. II le encontramos al frente del magisterio de la Escuela de

Alejandría, donde había sucedido a su maestro Panteno, y entre sus oyentes más destacados figuran el mismo Orígenes, quien luego asumirá la dirección de la Escuela dándole una organización más específica, que aún no está del todo determinada en el tiempo de Clemente. Y es por esta vinculación especial con la Escuela, por la que le viene dado el apelativo de "alejandrino". Muere a principios del s. III de la era cristiana, y por una carta del obispo de Cesarea hacia el 215-216, en donde se nombran a Panteno y Clemente como bienaventurados antecesores, podemos afirmar que su muerte se sitúa antes de esa fecha.

El alejandrino era un convertido a la fe cristiana, que busca conocer la verdad de su fe en toda su profundidad para luego vivir en consecuencia. Por eso no duda en poner al servicio de este fin toda su capacidad intelectual, su temperamento apasionado y sus ganas de luchar por aquellos valores que cree constituyen el medio por el cual se alcanza la propia salvación. De este modo, somete a dicha finalidad todo el bagaje cultural que posee: su erudición maravillosa por la que tiene un conocimiento de las doctrinas paganas, cristianas, gnósticas y judía; su equipamiento en el ámbito pedagógico, por el cual le es familiar y útil el uso de imágenes, ejemplos y toda clase de comparaciones con tal de hacer inteligible su exposición tal como se ve en el desarrollo de sus obras.

En cuanto a su exposición, quizás no podamos decir que es un autor que busque la sistematización de contenidos, mediante el uso de esquemas o bocetos programáticos; más bien cuando aborda un determinado

tema llega a exponerlo tan bastamente que se disipa en una serie de detalles que hacen perder la visión de conjunto de la exposición. Pero, no obstante, su exposición no es un cúmulo de pensamientos desordenados que deambulan por todas sus obras sin conexión alguna, sino que la integración de la doctrina del alejandrino se encuentra en el uso que hace de la Escritura y del testimonio de autores ya sean paganos o cristianos, pero que él considera necesarios para hacer comprensible el mensaje revelado. Y es justamente este fin el que da unidad a toda la doctrina del alejandrino.

En lo que respecta a la obra concreta que analizamos, el Pedagogo forma parte de lo que comúnmente se denomina como la trilogía del alejandrino, que sería la expresión literaria y doctrinal de la previa esquematización hecha por Clemente para representar la obra de redención que lleva a cabo el Logos-Cristo a favor de todos los hombres y que correspondería también a las diversas formas que adopta el Logos para llevar a cabo la educación de los cristianos. De este modo, el primero de sus elementos lo constituye el Protréptico, donde a través de la exhortación se dirige a lograr la conversión de los gentiles, como un primer paso dentro del proceso de iniciación en los misterios de la fe cristiana.

El segundo elemento que conforma esta trilogía es el Pedagogo, donde el alejandrino presenta al que antes había sido exhortado como un nuevo integrante de la familia de la Iglesia, un neófito, que ha de ser llevado por medio de la educación de la virtud a conformar sus obras con las del Pedagogo divino, desterrando de su vida todo aquello que destruya la imagen restaurada en su interior por el bautismo que ha recibido y liberándose de toda pasión antinatural que no es conforme con su nuevo modo de ser. En

esta parte del proceso el Logos-Cristo es quien a su vez constituye el modelo a imitar de estos recién convertidos a la fe cristiana, convirtiéndose no sólo en el conductor, sino también Él mismo es el modelo, el fin al cual se ha de llegar. Y es justamente este proceso de educación lo que estudiamos en el presente trabajo.

En último lugar, los Strómata, donde el fiel cristiano guiado por el Logos, que ahora es presentado como el Maestro, como el Didáskalos, es introducido en un conocimiento más perfecto de Dios, invitado a llevar una vida más perfecta, en estrecha unión con Dios, con quien ha alcanzado una semejanza a través de la práctica de la virtud, y que ahora está, ya no dominado por las pasiones antinaturales, sino guiado por la caridad y de una libertad interior, anhelando alcanzar la verdadera gnosis. Si bien no se ha llegado a establecer claramente si esta obra correspondería verdaderamente a la tercera parte de la trilogía proyectada por Clemente.

En cuanto a la estructura de la obra, el Pedagogo, está compuesto por tres libros, apreciándose una división temática doble que correspondería la primera parte a todo el libro I; y la segunda parte a los libros II y III tomados en su conjunto. Así tenemos, que en la primera parte, Libro I, Clemente se dedicaría a exponer los principios de la fe cristiana dentro del tema general que engloba toda la obra, a saber: la función pedagógica del Logos. Así, si en el libro primero expone la figura del Logos, su relación con el Padre y con los recién bautizados, en la segunda parte que corresponde a los libros II y III, enuncia los preceptos o normas concretas y específicas de la función pedagógica del Logos, tanto desde el punto de vista de este último, como del de los recién convertidos. Ahora bien, ambas partes no se encuentran totalmente separadas sino que están en una continua interrelación,

de modo que los preceptos concretos son esclarecidos a la luz de los principios antes enunciados en el libro I.

Una vez que hemos visto de manera sucinta la obra objeto de nuestro estudio, queremos exponer de ahora en adelante el cometido particular del actual trabajo. Hemos dicho que la obra del Pedagogo, responde al deseo de Clemente de explicar cómo el fiel recién convertido a la fe es llevado por el Logos Pedagogo hacia una vida virtuosa. Dicho proceso como antes hemos enunciado viene designado por el alejandrino con el nombre de educación. Pues bien, queremos averiguar que dicho proceso de educación en el cual se ve inmerso el neófito es sobre todo un proceso de asimilación, de imitación de un modelo a través del cual se llega a alcanzar la propia salvación. Es decir, la educación cristiana de la que nos habla Clemente en su obra, es concebida como un proceso de imitación, donde el modelo no es algo humano, meramente perfecto, sino que se trata de llegar a imitar al mismo Logos, quien es a su vez, el principal agente en este proceso de interrelación que se establece entre el Pedagogo y el fiel recién bautizado.

De este modo, la educación en el alejandrino adoptaría matices de imitación de un modelo que en el caso de los cristianos es divino, puesto que en la fe cristiana el único modelo lo constituye Cristo, porque es Dios y Hombre verdadero, la imagen viva del Padre, según la cual los cristianos somos imagen del Hijo, para luego llegar a ser también verdaderos hijos de Dios en el Hijo Unigénito del Padre. Asimismo, dicho proceso de imitación discurre a través de unos cauces muy concretos como lo son el ejercicio de las virtudes cristianas, en especial de la caridad. El cristiano debe llegar a conformar sus obras con las del Logos mediante la vivencia de una vida virtuosa, libre las pasiones y de todo

pecado en general. Sólo de esta manera llegará a reproducir en su interior esa semejanza con Dios que ha adquirido nuevamente por el bautismo puesto que la había perdido por el pecado original.

LA EDUCACION CRISTIANA COMO IMITACIÓN DE CRISTO

Aspectos terminológicos

Como todo proceso, la educación en general está constituida por unas fases. Tal proceso va a la par con el desarrollo personal del discípulo y de acuerdo con los factores que intervienen en la educación, a saber: la naturaleza, el hábito y la instrucción. A continuación dedicaremos el presente apartado a esclarecer de modo sucinto qué significan los términos “naturaleza”, “hábito”, e “instrucción”.

El término “naturaleza” se refiere al estado nativo del hombre, significando aquel estado natural en el que se encontraba el hombre antes del pecado original y después de éste, es decir, una entidad adornada con los dones preternaturales, y , después del pecado original, una sustancia herida, condicionada a lo material y marcada por la caducidad. El término se refiere también a lo que en el hombre y la mujer constituye el primer principio de operaciones, y que es a la vez una constante en todos los hombres, los determina de modo dinámico, a modo de un principio incoado que busca su pleno desarrollo. Naturaleza y esencia son prácticamente sinónimos, pero se usa más el término esencia aplicado a lo que en el hombre hay de estaticidad, mientras que naturaleza es la misma esencia considerada como principio de actividad. Ahora bien, “frente a la concepción gnóstica que contempla la physis como estática y cerrada,

determinación necesaria del destino, Clemente desarrolla un concepto de naturaleza abierta, finalísticamente orientada, que hace posible la libre opción y la actuación de la revelación y la salvación” (Fernández Ardanaz, 1990). A su vez Clemente al hablar de *physis* tiene siempre presente aquella corriente determinista que sostenía que los hombres están divididos en tres clases de seres ya determinados desde su nacimiento. De este modo la naturaleza se concebía no como un principio dinámico sino como un principio determinista.

El término “hábito” designa una disposición estable para actuar de un modo determinado. Atañe a las facultades o potencias operativas humanas y agiliza su actuación. Gracias a él se actúa con facilidad, con prontitud, espontáneamente. Sin la ayuda de los hábitos el sujeto carecería de estabilidad, de agilidad y de precisión en el aprender y en el obrar. Los hay innatos, es decir, congénitos al hombre, como la inteligencia de los primeros principios y la *sindéresis*; o adquiridos, mediante la repetición de actos que conllevan a “habituarse” a un modo de actuar. También están aquellos infundidos por Dios que se encuentran insertos en el nivel sobrenatural del actuar del hombre, orientados a facilitar el camino de la gracia. Estos hábitos pueden crecer, disminuir e incluso llegar a desaparecer.

Por “educación” o “instrucción” podemos entender genéricamente todas aquellas actividades orientadas a promover el desarrollo de la persona humana, en los diferentes aspectos de la vida del ser humano como es: lo moral, lo físico, lo espiritual, lo civil, lo religioso, etc. Tiene como meta principal la plena madurez de la persona humana, el dominio de sí y su mejor interrelación con los demás en el ambiente que le rodea.

Los factores citados anteriormente se interrelacionan a lo largo del proceso educativo y cada uno de ellos deja su huella en el educando. Hay que decir, que no todos ellos pertenecen al campo teórico. La naturaleza y la instrucción cabría ponerlos en el campo de la teoría, pero el *ethos* tiene su lugar en el ámbito práctico y es en este campo en el que mayormente incide. Así “en la práctica es la conducta el factor que resulta decisivo porque Dios ha capacitado a todos los hombres por naturaleza para lograr la excelencia, si no lo hace es por falta de interés y dedicación. Por eso, la virtud no es un privilegio de unos pocos seres excepcionalmente dotados, sino el premio que aguarda a los que la persiguen sin desmayo” (Redondo, 1997). Dicho esto, Clemente tiene muy en cuenta que cada cristiano ha de buscar su propia perfección, no ha de ser un mero agente pasivo del mandato del Señor: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”. (Mt 5, 48).

Estos factores o elementos de toda educación constituyen una base – que la podemos llamar natural – a la posterior acción divina. Por eso, “Clemente no considera irrelevante el papel de la naturaleza, el esfuerzo y la enseñanza, ya que una parte de la educación cristiana corre por cuenta del magisterio divino y otra es didáctica” (Redondo, 1997). Así las cosas, es natural que cada cristiano colabore con su esfuerzo personal a su propio perfeccionamiento, consciente de que cada acto que realiza tiene un eco en la eternidad. A todo esto queda ya bien definido el estado de la cultura y de toda formación humana, ambas “constituyen una propedéutica o *propaideia*, y no sólo porque, como veremos más adelante, se cultivan en los primeros niveles de la enseñanza y en función de un fin superior, sino sobre todo

porque son auxiliares y complementarias de la fe". (Redondo, 1997).

Por lo dicho anteriormente no cabe concluir que la formación humana no tenga "un cierto poder y dinámica propios, aún separada de la educación religiosa, sino más bien que sus posibilidades de desarrollo aumentan considerablemente cuando se integra en la paideia cristiana" (Redondo, 1997). El trabajo y esfuerzo que pueda desarrollar cada persona en función de su propio perfeccionamiento constituye un elemento a tener en cuenta, además, esto mismo constituye la primera huella de esa disposición que todo hombre tiene a lo espiritual, porque todo conocimiento supone en el que conoce un hacer propio aquello que conoce, y esto no es posible si se piensa en una apropiación material, sino que se trata de un quehacer espiritual que redundará en el bien del alma del que conoce y aprende. Sin embargo, no ha de olvidarse que la acción educadora es una obra esencial o principalmente divina. De esto está claramente convencido Clemente cuando manifiesta: "[...] y así, el Logos lleva a cabo de manera divina la educación de la debilidad humana, pasando de las cosas sensibles a la inteligencia" (Paed. III, 86, 2).

Unido a esto hemos de apuntar la interrelación de los factores antes mencionados. Tenemos que tanto el ethos como la didajé tienen la capacidad de transformar para bien o para mal la fisis del ser humano. Es sabido de todos que a una instrucción perversa seguirán una actuación perversa también, lo que determinará que aquella persona sea por naturaleza una persona malvada o perversa. Pero, a una persona que es educada en valores buenos seguirán unos hábitos u operaciones buenas también, que constituirán a dicha persona en buena. De esto mismo se deduce que aun

siendo por naturaleza alguien que no cuente con las debidas características intelectuales, una buena instrucción hará que dicha persona llegue a su debido perfeccionamiento, consiguiendo lo que se denomina con el nombre de kalokagayia, que designa a aquella persona que ha alcanzado un grado de probidad, una conducta intachable.

Al mismo tiempo hemos de citar las siguientes palabras de Clemente: "Si se considera como perfecto, es porque ha abandonado su vida anterior y tiende a una vida mejor; se considera perfecto no por el conocimiento, sino porque desea la perfección" (Paed. I, 52, 3).

En este texto Clemente afirma claramente que la perfección a la que se puede llegar no dependerá necesariamente del grado de conocimiento que un determinado hombre pueda tener, ya que este conocimiento puede aumentar o disminuir según el grado de instrucción que se tenga; mas sí que será necesario en aquel hombre una disposición, una apertura, que Clemente denomina "deseo", un desear la perfección; lo cual indica ya en el hombre cierta disposición en su naturaleza a alcanzar la perfección.

Hemos de decir, por tanto, que "son el ethos y el logos los que determinan las diferencias de formación entre los creyentes y el éxito o el fracaso de la educación cristiana, porque la gnosis se otorga a los que están dispuestos y depurados para esto, pues se requiere mayor preparación y ejercicio" (Redondo, 1997). De este modo, la "verdadera educación cristiana consiste, por tanto, en complementar con el ethos y el logos –que se apoyan en la naturaleza que todos los hombres han recibido de Dios – la acción de la Gracia, pues aunque es cierto que el Logos ha recibido el encargo de guiarnos y educarnos, también lo es que por la práctica

de la virtud nos hacemos también en parte semejantes a Dios” (Redondo, 1997).

El concepto de “imitación” en la tradición cristiana antes de Clemente de Alejandría

Dentro del conjunto de la tradición anterior a Clemente de Alejandría varios autores cristianos entienden la imitación de Cristo como un proceso de “deificación”, aunque algunos no llegan a enunciar claramente si dicha deificación comienza ya en la tierra o es reservada solamente para los bienaventurados. Entre ellos sobresalen los siguientes.

San Ignacio de Antioquia

San Ignacio desarrolla su cristología a partir de dos fuentes muy claras: la unión del creyente con Cristo desarrollada por San Pablo; y la vida en Cristo, desarrollada por San Juan. San Ignacio manifiesta que para vivir la vida de Cristo, hemos de adoptar el mismo estilo de vida que llevó el Salvador, sus principios y virtudes: “Los carnales no pueden practicar las obras del Espíritu, ni los espirituales las obras de la carne, así como la fe no puede realizar las acciones de la infidelidad, ni la infidelidad las de la fe. Pero las cosas que obráis según la carne son espirituales pues en Jesucristo lo hacéis todo”.

El fiel cristiano debe por tanto, realizar las obras propias de su condición espiritual, dado que se encuentra unido a Cristo. Debe buscar en toda la imitación de Cristo, y no sólo desde un punto de vista de la observancia de la ley, sino que también ha de conformar su vida según la muerte y pasión de Cristo. Por eso afirmará rogando a los romanos, camino de su martirio: “Permitidme ser imitador de la pasión de mi Dios” (Rom. 6,3). Por la misma razón, para San Ignacio el martirio constituye

el modo más perfecto de imitar a Cristo, convirtiéndose el mártir en verdadero discípulo de Cristo.

San Justino

Para este autor cristiano el hombre es capaz de hacerse Dios, sin embargo, al caer en el pecado original esta posibilidad se vio truncada. Mas, la nueva restauración obrada por el Hijo de Dios devuelve al hombre esa condición de hijo que perdió por el pecado de los primeros padres: “Habiendo sido creados [los hombres] impasibles e inmortales, como Dios, con tal de guardar sus mandamientos, y habiéndoles Él concedido ser llamados hijos de Dios, son ellos los que, por hacerse semejantes a Adán y Eva, se procuran a sí mismos la muerte. Sea la interpretación del Salmo (81) la que vosotros queráis; aun así queda demostrado que a los hombres se les concede llegar a ser dioses y que pueden convertirse en hijos del Altísimo y culpa suya es sí, como Adán y Eva, son juzgados y condenados” (Diál. 124,4: BAC 116,520).

Es común en la tradición de la Iglesia establecer un paralelismo entre Adán y Cristo. Adán constituye como dice el Apóstol aquel por el cual entró la muerte en el mundo (1Co 15,21) mientras que Cristo, aquel por el que se nos dio la vida. Se trata, en efecto de dos hombres iguales por el número y orden de sus miembros, pero totalmente distintos por su respectivo origen, por eso se dice: “El primer hombre, Adán, fue un ser animado; el último Adán, un espíritu que da vida” (1Co 15, 45). Y también en otro lugar de la Escritura se afirma: “El primer hombre, hecho de tierra, era terreno; el segundo hombre es del cielo” (1Co 15, 47).

El primer Adán al ser animado quiere decir que fue creado por el segundo, de este último recibió el primero el alma con la cual empezó

a vivir. El primer Adán fue formado del barro, mientras que el segundo se formó en las entrañas purísimas de la Virgen; de modo que, en Adán la tierra se convierte en carne; mientras que en Cristo, la carne se convierte en Dios. Por lo mismo, se puede decir que al ser Cristo el primer Adán, cuando creó al Adán terrenal, colocó en él su imagen divina, de modo que se diga con razón que fue hecho a su imagen y semejanza.

De ahí también que el Apóstol afirme: “Nosotros que somos imagen del hombre terreno, seamos también imagen del hombre celestial” (1 Co 15, 49). Y también dice: “(...) igual que el celestial son los hombres celestiales” (1 Co 15, 48). Se trata, por tanto, de imitar aquella imagen del Creador restaurada en nosotros, después del pecado original; y que no se trata de imitarlo en su soberanía, sino siendo su imagen por nuestra inocencia, simplicidad, mansedumbre, humildad, misericordia, concordia y paciencia.

San Ireneo de Lyon

Para San Ireneo de Lyon el hombre está compuesto por cuerpo, alma y espíritu. De ahí que, un hombre no es perfecto y completo si sólo está animado por un alma natural; por eso, al igual que San Pablo, él cree que el espíritu que corona a la naturaleza humana, es el Espíritu personal de Dios. Pero, para recibir este Espíritu el cristiano tiene que poner de su parte, llevando una vida moral acorde a su condición de cristiano. Por lo que es necesario en el cristiano llevar a cabo, por medio de las obras morales, la imitación de Cristo, de modo que toda su vida moral no desdiga de su condición de cristiano. Al mismo tiempo, afirma también, que la misma inmortalidad del alma depende de su conducta aquí en la tierra, ya que no es

inmortal por naturaleza. Es decir, su permanencia en la eternidad está condicionada por su desarrollo moral.

Concepto de educación en Clemente

En este apartado vamos a ver qué entiende Clemente por educación, de modo que, entendiendo lo que designa concretamente bajo este concepto aprendamos en qué sentido llega a ser o no una continuidad con toda la tradición anterior, sea ésta cristiana o pagana. Y así, determinar cómo esta manera de concebir la educación nos lleva a observar que no se trata del mero aprendizaje de un conjunto de doctrinas sino de adquirir un nuevo estilo de vida. Hemos visto en el apartado anterior, de forma sucinta, qué es lo que entienden por el concepto de imitación los autores anteriores a Clemente, si bien es cierto nos hemos movido solamente en la línea de escritores cristianos, pero ya hemos apuntado algo acerca concretamente de lo que designan los autores cristianos anteriores a Clemente por el concepto de deificación.

En lo que se refiere a nuestro autor, el alejandrino si bien es cierto que toca el tema de la deificación –resultado efectivo de la imitación del Verbo hecho hombre– como un punto central de la fe cristiana, para su exposición, sin embargo, usa términos de una influencia marcadamente griega. De hecho, no es exageración decir que en la doctrina cristiana de Clemente podemos observar ideas griegas, e incluso, un “temperamento griego”. Podemos, por tanto, afirmar juntamente con Butterworth estas consideraciones:

La filosofía griega, influenciada por Platón y dependiendo en gran medida de éste, tendió a considerar la vida futura del hombre virtuoso –después de su muerte–

como una “ascensión gradual” de su naturaleza espiritual hacia lo divino. Por otra parte, la doctrina cristiana considera esta nueva vida esencialmente como una vida para la resurrección, a la que sigue inmediatamente una intervención divina y un juicio. Sin embargo, en Clemente la idea griega de la ascensión gradual es dominante en su pensamiento, porque él raramente menciona la Resurrección o el juicio en sus formulaciones.

Esta singularidad que se aprecia en el alejandrino, radica en el hecho de que, por una parte, algunos, afirman la necesidad de un juicio, igual para todos, sin excepción, y es en este juicio equitativo y necesario en el que se recalca la bondad y la justicia de Dios, así como la redención obrada por Cristo. De otra parte, en diferente perspectiva, la vida futura viene representada como el acontecimiento inmediatamente después de la muerte, sin juicio previo alguno. De este modo, para un hombre, que en esta tierra ha vivido despreciando las cosas materiales y ha dedicado su vida a la contemplación de las cosas más altas, la muerte significaría un gran beneficio, puesto que le libraría de una carga que hasta entonces soportaba por su condición terrenal. Pero tales hombres son raros de encontrar, por lo que resulta que algunos pocos son como espíritus selectos que ascienden enseguida a los lugares más altos, mientras que la mayoría, se quedan estancados en las cosas terrenales que aman. Por ello, es obvio observar en Clemente, la división que establece entre los cristianos: los fieles comunes y corrientes y los perfectos o gnósticos. Estos últimos juntamente con los mártires, ascenderían de modo inmediato a la presencia de Dios, y son de tal modo exaltados que cabría llamarlos divinos u otros dioses.

La dificultad para elevarse a las cosas celestiales le viene dada al hombre, no por algo connatural a él, pues fue creado en estado de gracia, mas con el pecado original y perdida la gracia original en la que fue creado, ha quedado herido en su naturaleza y le es dificultoso acceder por sí mismo a las cosas celestiales. Pero a pesar de eso, Dios no abandona al hombre, sino que además de crearlo y modelarlo, lo redime y lo educa llevándolo hacia la salvación. Así refiere Clemente: “En mi opinión, fue Él mismo el que modeló al hombre con el polvo de la tierra, lo regeneró con el agua, lo ha hecho crecer por el Espíritu, lo educó con la palabra, dirigiéndolo con santos preceptos a la adopción filial y a la salvación, para transformar finalmente al hombre terreno en hombre santo y celestial, de modo que se cumpla plenamente la palabra de Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Cristo fue el único que realizó plenamente estas palabras pronunciadas por Dios; los demás hombres, en cambio, se parecen [a Dios] sólo según la imagen” (Paed. I, 98, 2-3).

En el momento de la creación Dios nos hizo a su “imagen y semejanza”, sin embargo, por el pecado de nuestros primeros padres perdimos esa imagen y semejanza, quedándonos excluidos de todos los dones preternaturales que Dios tuvo a bien darnos en el momento de la creación. Llegada la plenitud de los tiempos Dios envió a su propio Hijo para redimirnos y devolvernos no sólo ya a nuestra antigua condición antes del pecado original, sino que, además, nos otorga la condición de hijos de Dios por adopción. Cristo es el hombre perfecto, aquel que es no sólo a imagen de Dios sino que es en sí consustancial al Padre, igual en naturaleza. Así, Él es el único que ha cumplido la voluntad del Padre enunciada en el momento de la

creación: “hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”; mientras que los hombres al desobedecer a Dios y rebelarse contra su plan divino, se parecen solo a Dios en cuanto la imagen más no en la semejanza; de este modo, el plan propuesto por Dios no lo llevaron a término.

Es en este contexto en el que se enmarca el concepto de “educación” de Clemente de Alejandría. Escuchemos lo que dice en uno de los textos de su obra *Pedagogo*:

“Parece evidente que la pedagogía es, como su nombre lo indica, la conducción de los niños” (*Paed.* I, 12, 1).

Examinando los términos arriba resaltados en su original, observamos en primer lugar que “pedagogía”, se puede traducir por “educación”, y que significa: enseñar, instruir, educar niños. Por tanto, vemos que ya Clemente va encaminando su forma de exhortación a explicar en qué consiste la educación, la misma que asimila a la “conducción” de los niños. Así, el vocablo conducir está en estrecha relación con el de pedagogía. Son, en efecto, los niños los que necesitan de un conductor no así los adultos. De modo que Dios mismo es el que conduce a los cristianos, los mismos que son considerados como unos niños ante los ojos de Dios, como veremos más adelante.

En otro texto escuchamos lo siguiente:

“El Logos es verdaderamente pedagogo, porque a nosotros, los niños, nos conduce a la salvación [...] La religión es pedagogía, porque es aprendizaje del servicio de Dios y conducción al conocimiento de la verdad y educación recta que conduce al cielo” (*Paed.* I, 53, 3)

En efecto, la religión ha supuesto siempre para el hombre el medio de comunicarse con Dios. Es la religiosidad inscrita en el corazón del hombre la tendencia a la búsqueda de un

ser infinito, un ser que colme sus expectativas de eternidad, en contraste a esa otra realidad que le aparece como inevitable, la realidad de la muerte y del aniquilamiento total. Por lo mismo, la religión o ese sentimiento de trascendencia que hay en el hombre no es otra cosa más que la expresión de esa huella divina que hay en él, fruto de su ser creatural que le conduce a buscar al mismo que puso esa huella en su interior, es decir, a la búsqueda de Dios.

De este modo, la religión pasa a ser vehículo de contacto con Dios. Sin embargo, no se puede olvidar el caso excepcional que constituye la religión cristiana. En todas las religiones es el hombre quien busca Dios, pero en el caso de la religión cristiana es Dios quien busca al hombre, de modo que es Dios mismo quien dice al hombre quién es y qué es lo que quiere de él. En otras palabras, es Dios mismo quien se revela al hombre y éste solo puede dar a Dios la respuesta libre de su fe. Así, no resulta extraño que la religión cristiana sea considerada más propiamente como esa conducción que Dios realiza con los cristianos. Conducción que en su designio amoroso ha gustado realizar mediante su Hijo a quien envió al mundo para redimirlo y concederle la salvación. Por eso el mismo Señor Jesús afirma: No envió Dios a su Hijo para juzgar al mundo sino para salvar al mundo (*Jn* 3, 17). Dios a través de su Hijo Jesucristo enseña lo que conviene al hombre, aquello por lo que el hombre ha de salvarse.

Por eso el mismo Señor, ante la pregunta de aquel joven rico del que hablan los evangelios: “Maestro ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna? Respondió Jesús: Cumple los mandamientos” (*Mt* 19, 16-26). Ante la pregunta por cómo alcanzar la vida eterna, o lo que es lo mismo, la salvación eterna, responde Jesús enunciado aquello que Dios ya había mandado a hacer a los israelitas.

En efecto, el decálogo dado por Dios a través de Moisés en el monte Sinaí a los israelitas se constituyó en el modelo de actuación de los integrantes del pueblo elegido. Así, mediante el cumplimiento de los mandamientos del decálogo los israelitas esperaban estar a bien con Dios, de modo que a través de una actuación recta según el querer de Dios manifestado en la Ley se llegase a alcanzar la tierra prometida, figura de esta nueva tierra en la que se llegaría a ver a Dios cara a cara, es decir, contemplar al mismo Dios como signo de que se ha alcanzado la plena salvación.

Por tanto, la religión cristiana no es tanto la búsqueda de Dios por parte del hombre, ni simplemente la revelación gratuita de un Dios a un pueblo concreto y a través de éste a todo el mundo, sino que se trata de algo mucho mayor aún, se trata de la forma en que Dios mismo asumiendo la conducción de cada uno de los hombres, enseña cómo ha de vivir el hombre para alcanzar su propia salvación. Y no propone otro modelo de actuación que su propio Hijo a quien envía al mundo y manda a éste último lo siguiente: Éste es mi Hijo amado, escuchadle (Lc 3, 22; Mc 1, 11; Mt 3, 17). Por lo que, la religión cristiana se convierte en el medio por el que Dios conduce a los hombres, a todo bautizado, a la esperanza de convivir con Él para toda la eternidad en el cielo que tiene prometido a quien oiga su palabra y la ponga por obra.

En continuidad con lo que venimos describiendo, podemos observar también la preocupación del alejandrino por delimitar claramente el concepto de pedagogía, de modo que no se le confunda con otras formas de aprendizaje, ni que tampoco se tome por pedagogía en sí solamente lo que es una parte de ella. Así, refiere:

“Se llama pedagogía a muchas cosas: a lo que es propio del educando y del discípulo; a lo que compete al educador y al maestro; en tercer lugar, a la educación misma; y, en cuarto lugar, a las enseñanzas, como son los mandamientos” Paed. I, 54, 1.

De este modo, deja claro que la pedagogía en sí puede decirse de varias cosas, cuando se refiere al destinatario de la misma; cuando es referida a quien actúa esa educación: el maestro; cuando señala el objeto mismo de esa pedagogía referida a las enseñanzas que ella misma contiene y que son impartidas por el educador y recibidas por el discípulo en una interacción complementaria; pero que, como expresará más adelante, siempre será “un camino hacia la verdad de la contemplación de Dios” volviendo a unir el concepto de educación con el de religión, en el sentido de adoración piadosa del Ser supremo, primero aquí en la tierra y luego, como colofón al servicio aquí prestado, en el cielo, convirtiéndose de adoración bajo los ojos de la fe en contemplación directa cara a cara de Dios, de su amor divino, que ilumina al alma bienaventurada.

Pero Clemente, teniendo presente la relación de la educación con la religión, y como mencionamos más arriba, es Dios mismo quien a través de la revelación hecha de una vez para siempre en su Hijo lleva al hombre a su salvación proponiéndole el modelo a imitar, afirma de esa conducción divina que ella misma es el “modelo de la conducta santa” (Paed. I, 54). Esta conducta santa no es otra cosa más que lo que el mismo alejandrino designa en otro lugar con el nombre de “estilo de vida saludable” (Paed. I, 54, 2).

Por tanto, notamos que esa conducción propia de la pedagogía se va encaminando hacia un fin concreto que es hacer del

comportamiento del hombre una conducta santa, y no sólo desde el punto de vista teórico sino sobre todo práctico, lo cual viene resaltado por el vocablo *prájevvn*, de modo que su misma manera de vivir en la tierra le conduzca definitivamente a alcanzar su propia salvación, y se realice en el hombre el ideal que ya los clásicos griegos proponían como es el de llegar a la perfección por medio del ejercicio de la virtud.

Y en este sentido el mismo Clemente afirma:

“Confesamos que la pedagogía es la buena conducción de los niños hacia la virtud” (Paed. I, 16, 1).

Podemos afirmar entonces que la definición de educación aparece íntimamente ligada a la de virtud. Pero, ahora toca averiguar qué es lo que entiende exactamente el alejandrino por virtud.

Es el mismo Clemente quien designa lo que para él significa virtud: “En efecto, la virtud es una disposición del alma, que sintoniza con la razón durante toda la vida” (Paed. I, 101, 2). En cuanto al trasfondo de esta definición dada por Clemente podemos afirmar juntamente con J. A. Llamas que es recogida de “toda una tradición platónica en principio, posteriormente aristotélica, quien destaca la prudencia como guía orientadora y más tarde filtrada y repetida como ideal del estoicismo” (José Llamas, 2001).

Al hablar el alejandrino de una disposición se está refiriendo a cierta costumbre, es decir, a un hábito, el cual pertenece de lleno al alma. Pero no se trata del alma sin más, sino de aquella que está en plena concordancia con lo que se denomina razón. Para Clemente razón designa aquello que en el hombre representa la huella de aquel soplo divino infundido por Dios al hombre en el momento de su creación.

En efecto, la razón es aquello que le diferencia del resto de los seres que Dios ha creado, pero que en ninguno de éstos Dios depositó su mismo espíritu tal como nos lo relata el Génesis (Gn 2, 7); es en este momento donde la Trinidad se vuelca hacia el hombre y le hace semejante mediante la comunicación de esa vida racional contenida en el hábito de vida que le insufla. Por lo que el mismo alejandrino dirá que el logos humano es parecido al Logos de Dios, de modo que a través de éste es donde más y mejor nos asemejamos a Dios. Es este logos humano el que se ha de asemejar al Logos divino, modelo por el cual fueron hechas todas las cosas, ya que en el mismo relato del Génesis Dios mismo manifestó su voluntad de hacerlo según su “imagen y semejanza”, pero que, como hemos dicho más arriba, el hombre perdió por el pecado original.

El soplo de Dios que nos es relatado en el Antiguo Testamento en el momento de la creación viene a significar la comunicación del Espíritu de Dios al hombre, que hace a éste gozar de esa característica esencial al ser humano que es la libertad. Es en virtud de la comunicación de este mismo Espíritu por el que Dios ama al hombre por sí mismo. La relación que se entabla entre Dios y el hombre difiere del resto de la creación, y viene expresada en la frase bíblica “modeló al hombre”. Dios mismo es quien plásticamente crea al hombre y en esta obra buena Él mismo se complace. Al mismo tiempo, el soplo de Dios no es una parte o porción de Dios, sino una *dynamis* o relación dinámica. Lo mismo que indica que entre Dios y el hombre no existe una relación substancial o de naturaleza, sino “dinámica”: expresa la libertad de Dios para crear al hombre, por una parte, y el deseo o aspiración natural del hombre respecto a Dios. Dado que si se estableciese una relación substancial o por

naturaleza, ésta implicaría una relación estrictamente necesaria para con todo lo que Dios crea, de modo que esta relación dinámica denota la libertad de Dios para crear, así como también el carácter de don que tiene el cuidado amoroso que se manifiesta en la creación del hombre como nos lo relata el Génesis.

CRISTO, MODELO DEL CRISTIANO

Tanto la educación griega como la cristiana se fundamentan en la imitación de un ideal de perfección. Imitación que se expresa ya en el mismo término de educación, especialmente así lo entiende el alejandrino como hemos visto en el apartado anterior. Para nuestro autor todo proceso de educación en el cristiano es un proceso de asimilación, de imitación, un “hacerse al modo de”. Y toda imitación de algo necesita un modelo que imitar, y como hemos dicho en la religión cristiana no cabe otro modelo a seguir: para el cristiano el único modelo es Cristo, el Verbo, el Logos del Padre. En este sentido es necesario averiguar qué entiende exactamente Clemente por Logos y en qué sentido lo aplica a Cristo, dado que el término Logos tiene un uso ya común en la Grecia antigua y puede designar realidades variadas.

Además, para nuestro autor, el Logos de Dios, Cristo, tiene una función específica, que es la de servir de pedagogo para los nuevos regenerados por el bautismo. Esta función de pedagogía que si bien antes estaba reservada para la Ley mosaica como afirma el Apóstol Pablo (Ga 3, 23-25), es una de las características esenciales de este Logos-Cristo, hasta el punto de que es llamado también como Pedagogo.

¿Qué es lo que hace el Pedagogo para llevar a cabo la imitación del Logos en el cristiano?

En este apartado teniendo presente lo ya dicho antes, toca ahora ver cómo se realiza esa identificación del alma con el Logos, qué es lo que precisamente hace el Pedagogo para llevar al hombre a tener la misma forma divina, es decir, qué pedagogía utiliza, cuáles son los medios que emplea, de qué modo realiza la curación de las pasiones en el alma de los ya convertidos.

Hemos de advertir en primer lugar, que la pedagogía divina es totalmente distinta que la que concebimos los seres humanos. Esta pedagogía es una obra esencialmente divina, en ella tiene su inicio y en ella misma tiene su fin. Es Dios quien activa en los hombres la búsqueda del bien, para llegar a cumplir su designio amoroso: nuestra propia salvación (Flp. 2, 12b-15a). De este modo, Dios siempre está presente como causa en cualquier proceso formativo humano; por lo que puede decirse que si de Dios procede toda paternidad, también de Él procede toda sabiduría, en cualquiera de sus formas, tanto teórica como práctica (Stromata, VI, 59, 1). Esta procedencia hace también que sea el mismo Dios, quien ayude al hombre a alcanzar un conocimiento verdadero, dada además, la débil naturaleza humana y su facilidad para caer en el error; por lo que el mismo Clemente advierte a los cristianos contra las pretensiones de querer saber incluso aquello que está reservado para la mente del hombre. No obstante, Dios no coacciona la libertad humana en este proceso de conocimiento, simplemente anima al hombre y le lleva por el camino de la verdad (Paed. I, 37, 1).

Para un cristiano, esta pedagogía divina no tiene otro nombre más que la “pedagogía de Cristo” (Paed. I, 98, 1), que propone elevar la condición humana, a un estilo de vida inclinada ya no a las pasiones sino al bien (Paed. I, 99, 1). Es lo que ya Clemente Romano

designaba como “en Christó paideia” en la primera Carta a los Corintios, y que designa ese proceso de transformación del hombre viejo al hombre nuevo en Cristo.

Escuchemos pues a Clemente refiriéndose al modo en cómo lleva a cabo la educación divina el Logos: “...y así, el Logos lleva a cabo de manera divina la educación de la debilidad humana, pasando de las cosas sensibles a la inteligencia” (Paed. III, 86, 2).

Una primera aproximación al modo de educación del Pedagogo será observar que su procedimiento es acorde con la naturaleza del hombre, el paso de las cosas que se perciben por los sentidos a aquellas que son sólo aprehendidas por el espíritu, y que no se ven a simple vista. El hombre que con las pasiones solo ve aquello que aparentemente es un bien, es ahora, conducido desde lo que él llama bienes terrenos a unos bienes celestiales. Pero no es el único modo como el Pedagogo, según Clemente, lleva a cabo el mejoramiento del alma del cristiano, por lo que afirma:

“Sin embargo, el Pedagogo, que ama a los hombres, les ayuda de muchas maneras: a veces les exhorta, otras les reprende; y, cuando otros pecan nos muestra su infamia, y por tanto, el castigo merecido; a la vez que, guiando y amonestando nuestra alma, se las ingenia, con amor, para apartarnos del mal, poniendo ante nuestros ojos lo que otros han sufrido antes” (Paed. III, 43, 2).

Si quisiéramos resumir en una palabra el texto que acabamos de citar sólo habría una: adaptación. En efecto, el Pedagogo se adapta al “modo de ser” de cada discípulo, de modo que, en palabras del alejandrino haciendo uso del símil de un instrumento musical, “unas veces tensa las cuerdas, otras las afloja” (Paed. I, 66, 5). Pero no sólo utiliza el ejemplo de un

instrumento musical para designar el modo en que actúa el Pedagogo, se sirve también, por ejemplo, de la comparación de la vid (Paed. I, 66, 4), del grano de mostaza, de la miel, etc. (Paed. I, 96, 1-2).

Es así como este Divino Educador ha ejercido su labor de enseñanza con toda la humanidad; por eso, no en vano se le aplica también el título de Pedagogo de la Humanidad (Paed. I, 55, 2), con todas las consecuencias que esto conlleva. Además, ha ejercido su labor educativa desde el primer momento, sobre todo con el pueblo de la elección, de modo que ha actuado primero por medio de Moisés, luego lo ha hecho por medio de los profetas (Paed. I, 96, 3). Pero viendo su manifiesta rebeldía, como “niños difíciles de sujetar”, les envió la Ley, y usando del temor los alejaba del pecado y les empujaba hacia el bien, de forma que se preparasen para la llegada del verdadero Pedagogo, que un día se encarnaría para Él mismo restaurar la obediencia a Dios (Paed. I, 97, 1). Esta progresión de la enseñanza del Logos mediante una serie de estilos a lo largo del tiempo enmarcado en la historia de la salvación corresponde también a esa adaptación del Logos a la edad y progreso, en fin, de toda la humanidad (M. Berciano, 1976).

Es justamente esta Ley la que infundía el temor a los hombres para no pecar. Y, según advierte el alejandrino, de este temor se conoce que hay dos clases: “el temor de los ciudadanos hacia los buenos gobernantes” y “el temor de los esclavos a los amos exigentes” (Paed. I, 87, 1). Es justamente la primera clase de temor la que han de tener los cristianos hacia Dios, fruto de la plena conciencia de la bondad de Dios, que no quiere el mal de la criatura, ni mucho menos castigarla, sino que busca con todo ello advertirle y conducirlo hacia el bien, del mismo modo como “no es malo quien

reprende severamente al que tiene enferma el alma, pues no pone en él las faltas, sino que le hace ver que las tiene, para que abandone semejantes costumbres” (Paed. I, 88, 1), sino que sirviéndose del temor reprime en aquellos en quienes lo padece el impulso a pecar, haciéndoles ver anticipadamente los sufrimientos que les espera si persisten en una situación pecaminosa (Paed. I, 68, 1). Por ello este “arte en el uso del temor” que hace el Pedagogo es fuente de salvación y quien quiere la salvación de alguien ha de atribuírsele el ser bueno (Paed. I, 81, 3). Al mismo tiempo, Clemente en los capítulos IX y X del primer libro de su obra *El Pedagogo*, desarrolla a lo largo de 12 párrafos de forma más detallada el talante de la acción pedagógica de Cristo, de manera que usando de la amenaza, exhortación, de la benignidad y severidad conduce al iniciado a alejarse del pecado.

Generalmente, el alejandrino compendia las formas de ejercer la divina pedagogía dentro de lo que él llama géneros “laudatorio y deliberativo”; ambos tienen por objeto lo “bello” y lo “provechoso” para el hombre respectivamente. Pero no sólo determina estos géneros, sino que éstos a su vez adquieren diversas formas. Así, el deliberativo adquiere dos formas: persuasoria y disuasoria. Y el laudatorio a su vez las siguientes: encomiástica o alabanza y de censura. Todas estas maneras son empleadas por el Pedagogo para llevar al hombre a una vida recta (Paed. I, 88, 1-3). De este modo, vamos a ver sucintamente los diversos modos que adquiere la acción pedagógica del Pedagogo. Empezaremos por aquellos que pertenecen a la censura y a la disuasión (Paed. I, 88, 4). Uno de los modos en que el Logos ejerce su función es mediante la amonestación que define como “una censura afectuosa que despierta la atención de la

mente” (Paed. I, 76, 1) y que asemeja a una especie de régimen dietético prescrito al alma enferma (Paed. I, 65, 2). Ejemplos de esta amonestación anota el mismo Clemente y son referidos a Mt 23, 37; Jr 3, 9; Ez 2, 6-7.

Otro estilo empleado por el Pedagogo es la “repreñión”, definida como aquella censura de los actos malos que dispone para el bien. A su vez, está también otro tipo de repreñión, la amonestación que tiene como fin hacer a quien la recibe más reflexivo. Habla Clemente también de la repreñión simulada, “la queja”, como un recurso que emplea el Pedagogo de manera no explícita, es decir, ocultamente, como por ejemplo, por boca del profeta Jeremías en el libro de Lamentaciones (1, 1-12) (Paed. I, 80, 3). Paralela a esta forma de repreñión velada está su contraria, aquella que sin dejar de ser manifiesta es a la vez muy severa, y que Clemente describe como “improperio” (Paed. I, 80, 1). Otro modo de repreñión considerado por Clemente es aquel que está encaminado a dejar en ridículo a quien lo padece, nos referimos “vituperio” (Paed. I, 80, 2). Unido a esta manera de reprender está también lo que el alejandrino designa con el nombre de “recriminación”, y cita como ilustración de éste modo, las repreñiones hechas por Dios al pueblo de Israel, ya una vez por boca de David, ya otra por boca del profeta Jeremías. (Paed. I, 65, 1). En general, las repreñiones tienen para Clemente la finalidad de, a semejanza de un medicamento, “disolver la callosidad de las pasiones”, limpiar las manchas del mal uso de la libertad por parte del hombre, de “alisar las verrugas de la soberbia”, en pocas palabras, devolver la salud espiritual al hombre. Al mismo tiempo, Clemente es consciente de que “se han inventado muchísimos preceptos para estimular a buscar el bien y huir del mal”; dado que si bien la repreñión no es del todo “dulce” para quien la recibe, no por eso deja

de ser necesaria, incluso lo es más, cuando se le considera desde el punto de vista etimológico, llegando a percibir la reprensión como una “advertencia” que de diferentes modos el Pedagogo busca incrustar no de un modo superficial, sino en el sentido de poner algo, de guardar algo interiormente en la propia mente de modo que ésta se vea a actuar potencialmente hacia el bien (Paed. I, 94, 2).

Un tipo de reproche que el alejandrino llama “normal” sería también la “reprimenda” y que va dirigida a los hijos que no quieren hacer lo que les corresponde según deber (Paed. I, 81, 2). A su vez, dentro de este género encontramos el reproche severo, una censura contundente (Paed. I, 78, 1). Semejantemente y subiendo aún más en intensidad encontramos lo que Clemente designa como una “severa reprimenda”, quizás mucho más sugestiva que la anterior, pues es empleada adjuntando el estilo por el que a través de la repetición continua del nombre se hace más enfática y por lo mismo más agresiva y directa, como el caso citado por el mismo alejandrino en Mt 23, 37. Esta forma sería aquella que corresponde a lo que comúnmente designamos con el nombre de “regaño” (Paed. I, 79, 2).

Por último, dentro del género disuasorio que venimos analizando queda por referir el caso de la “reprobación”, que consiste en la pública acusación de los pecados. Unido a todo lo anterior queda por referir la contrapartida del método que hemos venido describiendo. Por ello, vamos a analizar ahora las otras formas provenientes de los géneros laudatorio y deliberativo, en lo referente al modo como la “alabanza” y la “exhortación-persuasión” contribuyen a conducir al cristiano a alejarse de aquello que no es conforme a la vida del Logos.

Esta exhortación empleada en gran medida para “infundir la esperanza de la salvación, mitigar las faltas y el deseo de las pasiones” (Paed. I, 91, 2) por el Pedagogo a veces adquiere la forma de “consejos saludables”. Advierte el alejandrino al respecto de estos consejos que no caben posturas intermedias: o se aceptan o se rechazan.

Además, describe tres modos concretos de aconsejar. El primero, relacionado con el pasado: es decir, a través de ejemplos de lo que aconteció a otros anteriormente. El segundo, respecto a las cosas que suceden en el presente, es decir, teniendo a la vista lo que pasa en aquellos momentos y que afectan de manera grave a nuestros sentidos (Paed. I, 90, 2). La tercera manera es aquella que toca a los “acontecimientos futuros” de modo que teniéndolos de algún modo presentes en la mente preveamos sus consecuencias y obremos conformemente (Paed. I, 91, 1). Pero no sólo es a través de consejos por lo que el Pedagogo suscita la búsqueda del bien. Otro género es aquel denominado como “macarismo”, es decir, la bienaventuranza. Por medio de este género el Pedagogo propone un modelo al cual llegar, de modo que alcanzado aquello que se proclama bienaventurado alcancemos la felicidad, así como también la esperanza del premio prometido que se contiene en la bienaventuranza que ofrece (Paed. I, 92, 1; 95, 2).

En fin, son varias las maneras por las que Clemente describe el actuar pedagógico del Divino Educador. No obstante, una sola cosa es clara, que este Guía divino, no escatima ningún medio para llevar a los hombres a la salvación, de modo que mediante una pedagogía adecuada se produzca en sus pequeños la imagen misma del Logos, y llevando esta imagen en su interior, se hagan semejantes a Dios.

EL CRISTIANO COMO IMITADOR DE CRISTO

En los capítulos anteriores hemos visto el nexo evidente que existe entre “educación” y “Cristo” teniendo como base en la que se apoya, el concepto de imitación. La educación cristiana no es para el alejandrino una mera herramienta para la transmisión de ciertos conocimientos teóricos, ni mucho menos el conjunto de las Escrituras impartidas como un simple manual de historias o anécdotas salvíficas que Dios mismo ha dejado pero que no nos es vinculante, sino que para Clemente, en el contexto de novedad traída por la revelación de Cristo, la educación, en la religión cristiana, viene a ser un “asemejarse a”, un proceso de imitación del Logos de Dios, por lo que cada cristiano en su vida, ayudado por el Divino Pedagogo, busca el asemejarse a Cristo.

Hemos dicho también que Cristo es el Pedagogo por antonomasia, el único capaz de conducir a los cristianos a la contemplación de Dios por medio de la imitación de su conducta. Este título es atribuido por Clemente, heredado también de una tradición anterior, y está cargado de significado, pues denota la necesidad de los cristianos de que alguien les guíe dada su presente condición en la economía de la salvación, nos referimos a que si con el pecado original el hombre pierde la semejanza con Dios, su Creador, a través de la restauración obrada por Cristo somos ya redimidos y además elevados a la condición de hijos de Dios; no obstante, el proceso de semejanza no ha hecho más que incoarse en el bautismo, puesto que Cristo es el único que ha realizado plenamente esa semejanza, de modo que al fiel recién bautizado le toca por medio del ejercicio de la virtud, o sea, por medio de un estilo de vida propio, llevar a término lo ya iniciado, cumplir

en sí mismo la voluntad del Padre expresada desde el momento de la creación.

De ahí que como hemos dicho también, el lograr una vida recta según el estilo de vida de Cristo sea un continuo fieri, puesto que hay en el hombre, unida a esa tendencia a la búsqueda de Dios, la tendencia contraria de alejarse de Él y de preferir obrar el mal, desvirtuando de este modo la imagen que existe en su interior, con lo que tenemos que este proceso sólo termina cuando se ha logrado la total semejanza con el Logos y podemos afirmar junto con el Apóstol que hemos llegado al estado del hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo. Además, el hombre necesita de ese Pedagogo, el mismo que es propuesto, no sólo ya como un guía que conduce, sino que Él mismo es el modelo, es, como hemos mencionado anteriormente, el punto de partida, el medio y el punto de llegada por el cual somos conducidos a la salvación. Esta necesidad se manifiesta además, en el dinamismo propio del ser del hombre, no un dinamismo en el sentido que está en un continuo hacerse, sino en cuanto que lo que debe llegar a ser está en él pero como en germen y necesita desarrollarlo. Así lo expresa Fernández Ardanaz (1990): “Este dinamismo que Clemente imprime en la constitución natural del hombre le obliga también a señalar los límites de la constitución natural: necesita ser ‘cumplida’ y realizada por otras intervenciones superiores de Dios sobre el hombre. ‘El hombre simplemente tal’, el hombre conforme a su constitución natural, no es perfecto, necesita ser ‘completado’ con otro elemento superior que le ofrezca la plataforma para ‘acoger y conocer a Dios directamente’, para que se cumpla el principio fundamental de a lo semejante por lo semejante”. Por ello, el hombre goza de esa especial huella de Dios en su interior, pero

esto no basta, de ahí que la imagen conservada en la naturaleza del hombre por su racionalidad sea el punto final y, a la vez, el punto de partida para la semejanza hasta llegar a la plena conformación con el Logos.

Universalidad y gratuidad de la educación impartida por el Pedagogo

En primer lugar, hemos de afirmar que el principal destinatario de la labor educativa del Pedagogo, Cristo, lo constituyen los cristianos, pero en general son también destinatarios de esta acción todos los hombres. De ahí que Clemente no dude en afirmar la universalidad de la salvación y por ende la universalidad de esta acción pedagógica de Dios por la que quiere conducir a todos al conocimiento de la verdad, y conociendo la verdad del designio amoroso de Dios a la salvación. La universalidad de la salvación es una posición lógica extraída de las mismas palabras de Jesús en los evangelios, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (Jn 8, 31-32). De modo que, “si el fundamento esencial de la educación cristiana es la bondad de Dios, que crea a todos los hombres para que se salven, parece evidente que su alcance ha de ser universal: todo ser humano está llamado a salvarse y educarse y tiene capacidad para lograr ambas cosas” (E. Redondo, 1997). A su vez, otra de las características de esta salvación es su total gratuidad, es decir Dios movido por sus entrañas de misericordia, dona al hombre la posibilidad de gozar de la bienaventuranza eterna. De este modo la religión cristiana es una revelación de la bondad, de la misericordia, del amor de Dios por nosotros que entrega a su propio Hijo para salvarnos, y lo entrega incluso a la muerte de cruz. Dios, conecedor de la condición precaria de la

naturaleza humana y, por tanto, de la total incapacidad del hombre para alcanzar por sí mismo el fin altísimo que le ha otorgado, brinda al hombre su ayuda y manifiesta el propósito de salvarle y conducirlo. Él mismo, por lo que llegamos otra vez a la conclusión de que la educación cristiana y, por lo mismo, la salvación del hombre, tiene su raíz en la bondad de Dios. Todo esto es conocido para Clemente por lo que él mismo señala cómo ese amor de Dios gratuito es el único motivo que mueve a Dios a llevar al hombre a la perfección por medio de una educación esmerada en la virtud (Paed. I, 7, 1). Por tanto, “la salvación y la educación –entendida en cuanto proceso a recorrer– son dones gratuitos de Dios, que a cambio sólo obtiene de nosotros que nos salvemos” (Redondo, 1997).

Así, la salvación es considerada por el alejandrino como un don que es entregado a todos los hombres por igual, sean hombres o mujeres; griegos o judíos; esclavos o libres. Así, afirma lo siguiente: “Abracemos, por tanto, con más fuerza esta bella obediencia y entreguémonos al Señor; sujetémonos al sólido cable de la fe en Él, persuadidos de que la virtud es la misma para el varón y para la mujer. Porque si uno mismo es el Dios de ambas criaturas, uno es también el Pedagogo de ambos. [...] Los que tienen en común la vida, tienen también en común la gracia, la salvación, y en común también, la virtud y la educación [...] El término “hombre” es común al varón y a la mujer” (Paed. I, 10, 1-2; 11, 1). Por otra parte, desde el punto de vista antropológico cada cristiano viene considerado como una “criatura de Dios”, sea hombre o mujer. El mismo nombre de criatura indica que cada hombre es, por tanto, “objeto de crianza” por parte de Dios. A esto se suma que todo hombre tiene como fin inscrito en su naturaleza al mismo Dios, a quien busca

aunque sea inconscientemente, de lo que se deriva que todo ser humano –hombre o mujer – tiene común origen y destino; con la consecuencia ineludible que ambos, al poseer una misma naturaleza, han de ser también educados, por lo mismo que los dos tienden a un mismo fin. De este modo así como la salvación es universal han de serlo también todos los medios por los que se llegue a la misma, de modo, que si hemos dicho que la finalidad principal de la educación cristiana es nuestra propia salvación, ésta también ha de estar destinada a todos por igual, sean mujeres o niños; griegos, judíos (Rm 1, 16), etc.

Conclusiones

Al finalizar el presente trabajo queremos recoger en este apartado, a manera de síntesis, todo aquello que hemos comentado acerca de la educación como imitación de Cristo, sabiendo que nunca agotaremos del todo la doctrina tan rica en contenido del alejandrino.

En primer lugar, hemos de afirmar que en la religión cristiana hay siempre dos elementos que se interrelacionan: Dios y el hombre. Sin embargo, hemos de apuntar la salvedad de que en esta interrelación uno de los elementos mencionados es el más importante, de modo que sin éste no habría interrelación alguna, puesto que en la religión cristiana el orden de búsqueda del infinito se invierte, dejando paso a la “búsqueda del hombre por parte de Dios”. En efecto, en este proceso es Dios quien toma la iniciativa y no así el hombre. Dios mismo busca al hombre para revelársele y entablar con él un diálogo. Ésta es la esencia del cristianismo: Dios ha salido en búsqueda del hombre, hasta el punto de insertarse en la propia historia humana, y lo ha hecho mediante la asociación

con un pueblo que Él mismo ha elegido, Israel. Y es en el devenir histórico de este pueblo donde ha elegido fijar el momento propicio para la plenitud de su revelación que ha hecho en su propio Hijo. De este modo Dios mismo ha intervenido en la historia del hombre con un único propósito hacer que el hombre alcance la salvación.

Así, para Clemente el hombre ha sido redimido por la pasión y muerte del mismo Hijo de Dios, haciendo que el hombre pase de su antigua condición de pecado en la que se encontraba a una nueva condición de gracia. Este paso que Clemente designa a veces con el nombre de regeneración, de iluminación, de “volver a conocer a Dios”, tiene lugar en el bautismo. Es, en efecto, en el bautismo cuando el hombre es regenerado y vuelve a nacer a una nueva vida. Este nuevo nacimiento hace ver que cuantos son regenerados por el agua del bautismo son ahora como niños recién nacidos ante los ojos de Dios. Por ello, el alejandrino no dudará en afirmar que todo fiel bautizado es como un “niño” ante los ojos de Dios Padre. Así, empleará para señalar a los recién bautizados los vocablos “niño” y “párvulo”, designando con ello los principales destinatarios de lo que Clemente llama: la educación del Pedagogo.

Es justamente en el bautismo cuando inicia todo el proceso del que venimos hablando a lo largo del presente trabajo. Así, el recién bautizado al nacer a una nueva vida lleva en sí un nuevo ser que le cualifica para toda su existencia terrenal, de modo que ha de obrar según ese nuevo modo de ser. Este obrar en consecuencia según su nuevo ser cristiano constituye todo un proceso que dura prácticamente toda la vida del cristiano. Y que tiene como único fin llevar al cristiano a conseguir la propia salvación.

En este sentido el bautizado se ve inmerso en un proceso que Clemente designa con el

nombre de “educación”. Sin embargo, esta educación tiene una serie de características especiales en el alejandrino que hacen que dicha educación sea todo un conjunto específico donde los diversos elementos que intervienen cumplan una misión también específica. A saber:

1. Se trata de un proceso que en cierto modo está en continuidad con todo proceso natural que designa este vocablo, pero que a la vez lo supera. En este sentido, el alejandrino recoge lo ya dicho al respecto a lo largo de toda la tradición griega, y usa un término que en el uso de los maestros griegos había adquirido un realce innovador, llegando así a la designación del agente de la educación como “Pedagogo”, título que aplicará, constituyendo esto una novedad total, al Logos, al mismo Cristo. De este modo, para el alejandrino toda la acción pedagógica que se encuentra en el ámbito de la cultura humana constituye una base a la posterior acción educativa del Logos, una especie de propaideia. Por lo mismo, se aprecia a lo largo de toda la doctrina del alejandrino contenida en la obra que analizamos, una influencia marcadamente griega, si bien quizás Clemente no era del todo consciente de ello, pero dada la temporalidad a la que se encuentra sometido el hombre, –y Clemente no era una excepción–, se vio inmerso en un mundo de ideas y de esquemas al cual no podía ser ajeno o indiferente. No obstante, su mérito recae en el hecho de no haber contaminado la pureza de la doctrina cristiana, sino que muy por el contrario, con una herramienta filosófica supo profundizar en el dato revelado y entregarnos así un estudio cada vez más asimilado a la fe cristiana.

2. Este proceso educativo tiene una serie de etapas que van en consonancia con la capacidad del educando, según su mayor o menor avance en la inteligencia de los misterios de la fe. Así, el agente principal de todo el proceso tomado en su conjunto es el Logos, quien a lo largo de todas las etapas va adoptando un método según el discípulo que tiene delante.

3. Así vemos que el Logos es llamado Protréptico, cuando se dirige a los que aún no se han convertido a la fe, puesto que su misión es exhortar e invitar a la conversión. Cuando su acción educativa es dirigida hacia los recién iniciados en la fe, es decir, los recién bautizados, es llamado Pedagogo, puesto que tiene la misión de educar en la virtud a los iniciados en la fe, hasta que lleguen a librarse de toda pasión antinatural. Y, por último, cuando su acción la dirige hacia aquellos que ya están avanzados en los misterios de la fe, se llama Didáskalos, puesto que los conduce hacia el objetivo final del ser cristiano, el llegar a ser un gnóstico, en el sentido ortodoxo del término, entendiéndose por éste aquel que habiendo adquirido las virtudes propias del cristiano, lleva una vida conforme a su nuevo ser y reproduce en sí mismo la imagen y la semejanza con Dios Padre.

4. Es así como llegamos a la conclusión de que en Clemente de Alejandría este proceso de educación no tiene otro fin más que el de llegar a hacer de cada cristiano recién convertido una imagen del mismo Cristo, mediante la práctica de la virtud, es decir, a través del ejercicio de una vida virtuosa donde la fe recién adquirida se hace vida mediante la realización de las buenas obras. Por esto mismo, el alejandrino a lo largo de la exposición de su pensamiento en la obra del Pedagogo usa los términos:

“conducir”, “llevar hacia” para designar la acción del Logos en concordancia con el fin de todo el proceso.

Una tarea por la cual el cristiano ha de llevar a término un proceso que tuvo su inicio en el bautismo, donde regenerado por el Espíritu Santo, recuperó la semejanza que había perdido cuando pecaron los primeros padres.

En efecto, el hombre creado en un estado de gracia, fue hecho a imagen y semejanza de Dios como relata el Génesis, más por envidia del diablo cayó en pecado y perdió así el estado de gracia en el que fue creado, destruyendo en su interior la semejanza con Dios, y conservando solamente la imagen en virtud de la cual fue hecho. Pero gracias a la Redención obrada por Cristo llegada la plenitud de los tiempos, el hombre vuelve a tener la oportunidad de recuperar la semejanza si cree en Aquel que ha sido enviado por Dios para dar la vida al mundo y se bautiza, en tanto que por este nuevo nacimiento, se reviste de la gracia de Cristo y recibe en sí mismo el don de la vida nueva, pasando del hombre viejo al hombre nuevo, donde sólo le resta llevar a término aquello que ya ha sido incoado en el interior de su nuevo ser: la perfecta semejanza con el Hijo de Dios, de modo que se reproduzca totalmente la imagen y la semejanza original en la que había sido creado.

Puesto que existe en el hombre una huella de Dios, una chispa de lo divino que hace que el hombre tienda hacia la búsqueda de un ser infinito, éste ve colmada sus ansias de felicidad e inmortalidad cuando a través del bautismo cristiano recibe en prenda la nueva vida de los hijos de Dios aquí en la tierra, y la esperanza de una vida eterna en el cielo. De ahí, que esta chispa divina que existe en el interior de todo hombre sea como la base primera de donde parte el proceso de

asimilación. Es lo que se denomina, según el relato del Génesis, como el “soplo de Dios”, que Él mismo infundió como un hálito de vida en el hombre de barro que había creado y que viene a significar el modo especial de esta nueva creación y la vinculación tremendamente particular con la que Dios mismo quiso ligar al hombre a sí mismo, por lo que varios autores cristianos han querido ver allí el signo especial de esa semejanza con Dios, que creó al hombre distinto de los demás seres creados, dándole así una forma de ser ontológica totalmente específica y novedosa respecto al resto de las demás criaturas.

Todo cristiano, por tanto, iniciado en el misterio de la fe, sabe que su meta definitiva es el cielo, donde podrá contemplar “cara a cara” al mismo Dios, pero sabe que para ello ha de seguir un proceso de imitación, de conformar su vida, lo que piensa y lo que hace, con la vida del Logos. Por eso Clemente afirma que todo cristiano es sujeto de una educación por parte del Logos, según la condición en la que se encuentre, respecto al conocimiento de los misterios de la fe cristiana. Es el Logos, y en nuestro caso, el Logos Pedagogo quien debe guiar al neófito mediante una adecuada educación en las virtudes cristianas, la cual no será sólo un aprendizaje meramente teórico sino que se trata de una educación eminentemente práctica, ejercitada a través del cumplimiento de los deberes propios de los cristianos y que el mismo alejandrino enumera a lo largo de su obra tan minuciosamente.

Bibliografía

Antioquía, Policarpo de Esmirna. (1991). Carta de la Iglesia de Esmirna, Trad. Juan José Ayan

Calvo. Madrid: Ed. Ciudad Nueva (Fuentes Patrísticas).

Berciano, M (1976), "Kairos". Tiempo humano e histórico-salvífico en Clemente de Alejandría, Burgos.

Bianco M. G. (1971). *Il Pedagogo di Clemente Alessandrino*, Torino: Classici UTET, Torino.

Butterworth, G. W. (1916). *The Deification of Man in Clement of Alexandria*, en *JThS* 17

Clemente de Alejandría (1994). *Protréptico*, Trad. M. Consolación Isart.

Clemente de Alejandría (1994). *El Pedagogo*, Trad. M. Merino – E. Redondo. Ed. Ciudad Nueva (Fuentes Patrísticas). Madrid.

Clemente de Alejandría (1998). *Stromata II – III: conocimiento religioso y continencia auténtica*, Trad. M. Merino Rodríguez, Ed. Ciudad Nueva (Fuentes Patrísticas), Madrid.

Clemente de Alejandría (2005). *Stromata, VI – VIII: vida intelectual y religiosa del cristiano*, Trad. M. Merino Rodríguez. Ed. Ciudad Nueva (Fuentes Patrísticas), Madrid.

Daniélou, J. (2002). *Mensaje evangélico y cultura helenística. Siglos II y III*, Ed. Cristiandad, Madrid.

Fernández Ardanaz, S. (1990). *Genesis y Anagennesis. Fundamentos de la antropología cristiana según Clemente de Alejandría*, Ed. Eset, Vitoria.

Jaeger, W. (1965). *Cristianismo primitivo y paideia griega*, FCE, México 1965.

Jaeger, W. (1962). *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, FCE, Madrid 1962.

Redondo, E – Laspalas, J (1997). *Historia de la Educación, Edad Antigua*, Dykinson.